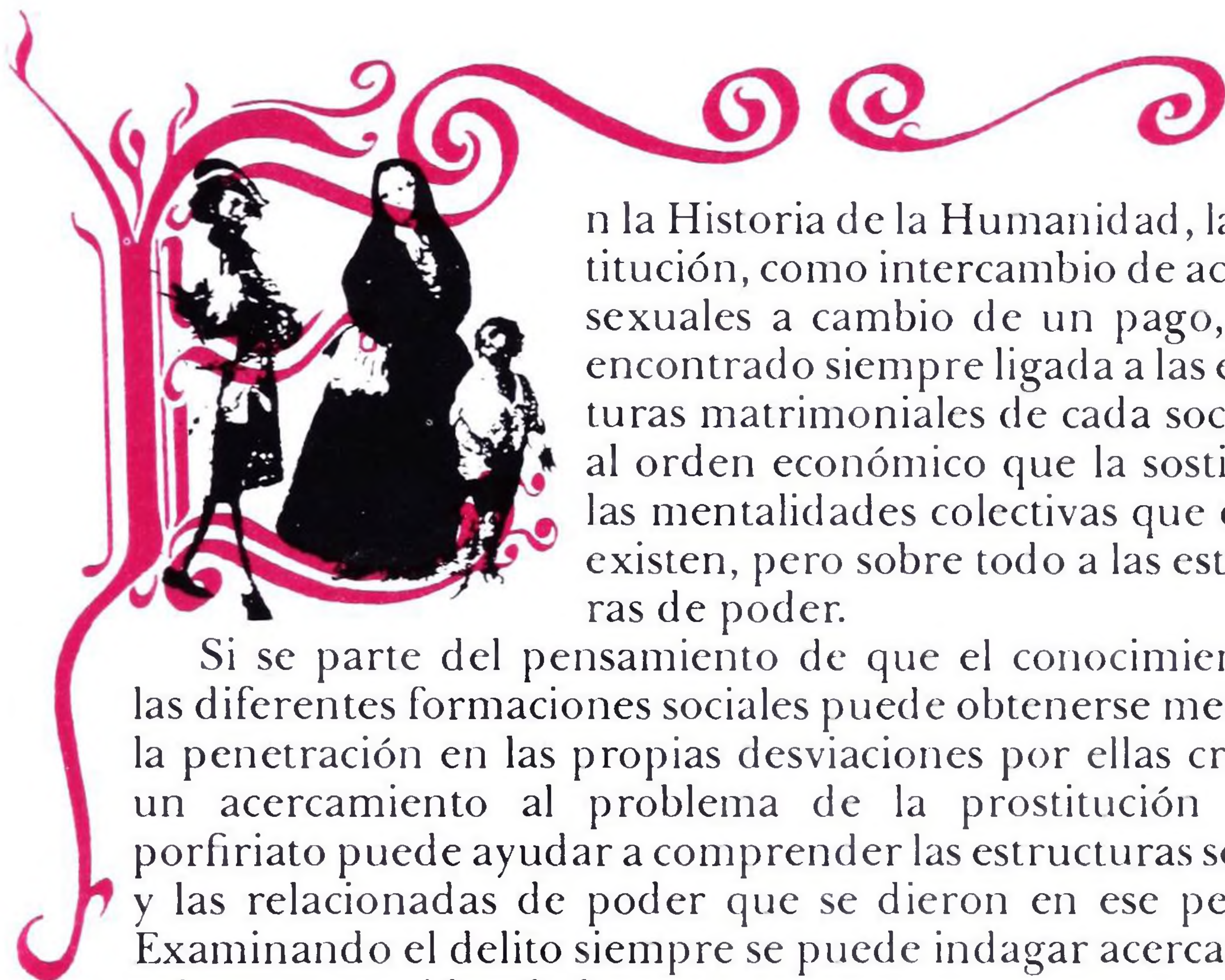


REGLAMENTARISMO,  
HISTORIA Y PROSTITUTAS

GUADALUPE RÍOS DE LA TORRE  
MARCELA SUÁREZ ESCOBAR





n la Historia de la Humanidad, la prostitución, como intercambio de acciones sexuales a cambio de un pago, se ha encontrado siempre ligada a las estructuras matrimoniales de cada sociedad, al orden económico que la sostiene, a las mentalidades colectivas que en ella existen, pero sobre todo a las estructuras de poder.

Si se parte del pensamiento de que el conocimiento de las diferentes formaciones sociales puede obtenerse mediante la penetración en las propias desviaciones por ellas creadas, un acercamiento al problema de la prostitución en el porfiriato puede ayudar a comprender las estructuras sociales y las relacionadas de poder que se dieron en ese periodo. Examinando el delito siempre se puede indagar acerca de los valores protegidos de la norma.





## Mujeres, realidades cotidianas y moral porfiriana

Dolores Rodríguez, ante este Superior Consejo con el respeto debido dice: Que en año proximo pasado, el 23 de diciembre fue la ultima visita medica que paso como mujer publica, a consecuencia de haber solicitado del Gobernador del Distrito el que me permitiera mi separación de esa carrera. Pero el C. Comisario de la Inspección de Policía de Sanidad me manifestó que tenía la obligación de cubrir la cantidad que adeudaba por multas y cuotas por el tiempo que ejercí; pero habiendo pasado ya mucho tiempo y no habiendome sido posible por mas empeños que he hecho para cumplir esa orden, por razones de tener a mi pobre madre enferma razon por la cual tengo que trabajar en este oficio. Por esa razon apelo ante este Superior Consejo suplicandole se sirva letrar sus respetables ordenes a fin de que se me perdone lo que adeudo y se me considere como libre para buscar subsistencia por medio de mi trabajo.<sup>1</sup>

El capitalismo en formación durante el porfirato, significó un crecimiento desigual que se reflejó entre otros sectores, en la sociedad mexicana. Sólo la clase alta fue la receptora de los beneficios de ese crecimiento y del “progreso”. Para el desarrollo del proyecto liberal del capitalismo mexicano se requería una ideología sustentadora a la que el positivismo y las teorías biologistas y sociogenéticas sirvieron de base.

El discurso de la supervivencia del más apto en el “organismo social” creció y llegó a su apogeo, y los conceptos de la “supremacía del fuerte sobre el débil”, el “blanco sobre el indígena” y el “activo sobre el pasivo”, fueron introducidos por los aparatos ideológicos en todas las clases sociales y se constituyeron en estructura fundamental para la dictadura porfiriana.

En este contexto, floreció la conceptualización biológica de la naturaleza femenina. La mujer, ser débil, con un cerebro menor y cambios en la conducta<sup>2</sup> que eran producto de mal funcionamiento glandular o de alteraciones ginecológicas, la mujer sufrida, la mujer tímida y abnegada, la mujer estática cuya misión, ante su inferioridad biológica respecto al varón, es complementaria y auxiliar de éste al convertirse en esposa amorosa y madre digna<sup>3</sup>.

El proyecto porfiriano requería de “orden para el progreso”, y la familia se convirtió en el núcleo del orden necesario. La mujer, entonces, se constituyó en la indicada para cohesionar el núcleo familiar, socializar a los nuevos ciudadanos y servir también de reproductora psíquica o canalizadora de los valores necesarios para la continuación y permanencia de la explotación de la mano de obra indispensable a los sectores capitalistas<sup>4</sup>.

Así, las virtudes victorianas que se habían exaltado para el desarrollo del capitalismo en el siglo XIX –tales como la sobriedad, la regularidad, la conformidad, la racionalidad y la limpieza– pretendieron interiorizarse en todas las clases sociales a través de la familia, ya que “una sociedad liberal dependía de una sociedad moral”<sup>5</sup>. La domesticidad, la sumisión y la mujer, como centro de la familia, eran indispensables al sostenimiento de un capitalismo en formación.

Pero las condiciones mismas de desigualdad en la recepción de los beneficios de la producción y la explotación de las clases trabajadoras, originaron que gran cantidad de mujeres pobres tuvieran que trabajar en las calles, y de ese modo cumplieran jornadas dobles. Las mujeres tenían que alternar el trabajo con cuidado de los hijos; al concedérseles inferioridad física, sus salarios fueron menores<sup>6</sup>; al atribuirseles inferioridad psicológica, se pretendió que sólo realizaran labores “propias de su sexo”, que encajaran en el concepto tradicional de feminidad.

Pero la realidad obligó a las mujeres a salir a la calle y a trabajar, incluso en labores no consideradas propias de mujeres, y por salarios ínfimos, ya que la ideología dominante pregonaba “el trabajo como única tabla de salvación para las mujeres pobres pero *honradas*”<sup>7</sup>.

La prostitución era la degradación suprema para una mujer, pero las de las clases bajas, al ser impulsadas a la calle y romper los patrones ideales de la feminidad tradicional, se convirtieron en mercancía posible<sup>8</sup>. Y entonces, ante la existencia de la prostitución, la moral victoriana, unida a la ley, se transformó en el elemento fundamental del control social; las leyes eran así necesarias para conservar las buenas costumbres y la moral. El Estado liberal centralizó el poder, y como parte de la extensión de éste, inició para el problema de la prostitución, el Sistema Reglamentarista.



### Prostitución, Estado e Iglesia

Los esfuerzos realizados por el Estado y la Iglesia para controlar la prostitución, y acaso reglamentarla, no se iniciaron en México en el siglo XIX; tampoco significaron una expresión de modernidad, y fueron ya anteriores al desarrollo del capitalismo en México. Dentro de las estructuras de poder, la prostitución tampoco es un problema moral nuevo.

El Cristianismo había condenado la prostitución desde sus primeros tiempos, y aquí, en la Nueva España, el discurso teológico estuvo sustentado en el tomismo como base ideológica fundamental. Dentro de la cosmovisión tomista,



uno de los principios fundamentales para la moral es el orden impuesto por Dios que, al ser conocido por la razón del hombre, se constituye en Ley Natural<sup>9</sup>; la doctrina tomista, por tanto, condena la fornicación simple, el estupro, el rapto, el incesto, el sacrilegio y el vicio contra natura como actos lujuriosos opuestos a la Ley Natural<sup>10</sup>. Los actos lujuriosos son pecados mortales, y la prostitución como fornicación lo es. La prostitución, en sí misma, constituía falta contra el sexto mandamiento, “no fornicarás”, pero si no dejaba de ser considerada por Santo Tomás como comportamiento desviado de la moral, el mismo pensador aceptó su tolerancia para prevenir mayores violaciones<sup>11</sup>. De este modo, en la Nueva España fue considerada como un mal necesario para el bienestar general de la sociedad. En esta calidad, fue regulada por el Estado español y tolerada por la Iglesia.

Ya en la Edad Media, Alfonso X, El Sabio, fue el primero que legisló sobre la prostitución; para la época colonial, Felipe El Hermoso, Carlos II y Carlos IV habían emitido disposiciones relacionadas con la prostitución<sup>12</sup>. La Iglesia, siguiendo a San Agustín y Santo Tomás, toleró la existencia de la prostitución y así, por ejemplo, Fray Alonso de la Veracruz en su obra *Speculum Coniugiorum*, afirmaba que la prostitución “puede ser tolerada por el bien público”<sup>13</sup>. El Estado y la Iglesia reconocieron de esta manera la necesidad de la existencia de prostitutas, pero al mismo tiempo también fueron marginadas y marcadas con el estigma de pecadoras. Se intentó redimir las con rezos y leyes, y se erigieron para ellas centros de corrección especiales.

Las prostitutas representaban relaciones carnales sin procreación, el ejercicio de una sexualidad necesaria para el “ACA”, pero pecadora. Había que sostener “casas de mancebía” como canalización de necesidades terrenales, pero paradójicamente también urgía redimir a las pecadoras. La redención se lograría mediante la penitencia, el trabajo y una vida austera privada de placeres que las condujera

en los recogimientos al arrepentimiento. De esta manera, para la época colonial, ya el Estado y la Iglesia toleraban la fornicación, con pago o sin él, pero no así el discurso que la justificara.

Después, hacia la primera mitad del siglo XIX habían desaparecido los recogimientos como centros de redención para las prostitutas<sup>14</sup>, y no hay indicio de ley o reglamento alguno. Tampoco existe ningún centro especial para su congregación ni atención médica especial.

En 1865 el Mariscal Bazaine propugnó que se estableciera un reglamento para la prostitución, con el objeto de “cuidar la salud de los soldados del Emperador”, y así en el porfiriato se encontraron varios documentos que revelan ciertas realidades de la prostitución en la ciudad de México, así como los esfuerzos y reacciones del Estado frente a ella. Veamos:

El 27 de mayo de 1877, Rosa García fue enviada al cárcel por ser prostituta prófuga y no haber satisfecho sus cuotas obligatorias al Estado. Dentro de la prisión, Rosa solicitó al Gobierno del Distrito Federal el permiso para su separación del ejercicio de la prostitución, ofreciendo dar la fianza requerida; fue llevada a la oficina de la Inspección de Sanidad para que le hicieran un reconocimiento médico forzoso, a lo que ella se opuso en virtud de su solicitud para separarse del ejercicio de la prostitución. El permiso se le negó por adeudar veinte pesos de cuotas al Estado; por esta razón, y por su resistencia a sujetarse al examen médico, fue devuelta a la prisión.

Como parte de la ideología en torno a la sexualidad y al pensamiento sobre la dicotomía salud/enfermedad, higiene/suciedad, en el siglo XIX surgió y tuvo su auge “el anticontagismo” como pensamiento colectivo que pretendía luchar contra lo antihigiénico y el contagio de las enfermedades, en este caso las venéreas, y en particular la sífilis<sup>15</sup>.



Se orientaron acciones y esfuerzos médicos, políticos, sociales y jurídicos en contra de “la suciedad” generadora de contagio, y para el caso de la sexualidad y sífilis<sup>16</sup> se acusó a la prostituta de difundirla, a la mujer sucia, a la mujer pública.

Un documento encontrado en el Archivo Histórico de la Secretaría de Salud ilustra brevemente parte del discurso que, en relación con la prostitución, la suciedad y la sífilis, se tenía en México para fines del siglo XIX; se trata de la solicitud de un dentista que solicitaba trabajo en la Inspección de Sanidad de la ciudad de México con la intención de:

Vigilar eficazmente las enfermidades de la boca de las prostitutas, bajo el punto de vista venéreo sifilíticas, pues es bien sabido que la boca es un vehículo facilísimo para propagar el contagio, y es bien sabido que esta clase de gente abandonan por completo su boca y sus dientes, acumulando cantidades de microbios y microorganismos propagando el escorbuto y otras muchas enfermedades hasta de carácter grave; a fin de evitar los males que dejo señalados, convendría que se obligara a todas esas mujeres a que se les hiciera también un examen de su boca y dientes...<sup>17</sup>

Por su parte, el ganador de un premio otorgado por la Academia Nacional de Medicina en 1888 a la mejor propuesta de reglamento para la prostitución en México, opinaba de las prostitutas:

La generalidad son desaseadas, incultas, y si cada una de estas ha de convertirse en foco de infección sifilítica, muy pronto se palparán funestos e irremediables resultados (...) así, cualquier reglamento aun cuando fuere defectuoso, debe preferirse a la libertad sin trabas de la prostitución pública.<sup>18</sup>

Y así apareció paulatinamente en el discurso dominante de la sociedad mexicana, el concepto prostitución como el sucio mal necesario, urgido de reglamentación y control.

Se iniciaron entonces medidas que pretendían vigilar y reglamentar el ejercicio de la prostitución, dentro del dis-

curso tendiente a detener la propagación de la sífilis. Las primeras realizadas con este sentido, fueron las reglas emitidas por el Mariscal Bazaine, anteriormente mencionadas<sup>19</sup>. Este reglamento creó la oficina de Inspección de Sanidad, – centro administrativo dependiente del Consejo Superior de Salubridad–, encargado de llevar el registro de las prostitutas de los burdeles, de las casas de cita y asignación, y del cobro de los impuestos fijados por el Estado para la autorización del ejercicio de la prostitución. Por estas disposiciones, las mujeres dedicadas al ejercicio de la prostitución quedaban obligadas a ser revisadas médicamente una vez a la semana y a pagar, con la misma frecuencia, un determinada cantidad al Estado por el permiso de realizar su trabajo. Las mujeres encontradas enfermas por los médicos de la Inspección de Sanidad serían remitidas obligatoriamente al Hospital de San Juan de Dios, dedicado exclusivamente a meretrices, donde permanecerían forzosamente hasta curarse.

Posteriormente se dieron varias modificaciones a este reglamento, tratando de ampliar el control del Estado: una en 1871, que autorizaba al Gobierno a encarcelar a las prostitutas que no pagaran su cuota<sup>20</sup>, otra en 1872; y en 1879 se expidió un nuevo reglamento para sustituir al del segundo Imperio, pero que retomaba las mismas obligaciones onerosas y humillantes para las mujeres.

En 1882 el Consejo Superior de Salubridad presentó a la Secretaría de Gobernación un proyecto de ley “para combatir enfermedades infecciosas y contagiosas”<sup>21</sup>. En 1888 la Academia Nacional de Medicina convocó a un concurso para el estudio de la reglamentación de la prostitución en México<sup>22</sup>, y en 1891 y 1894 se modificó parcialmente el código sanitario, siempre dentro de un férreo reglamentarismo para la prostitución.

En 1898 el Gobernador del Distrito Federal, Licenciado Rafael Rebollar, expidió un nuevo reglamento de sanidad donde:

– Se obligaba a las mujeres dedicadas a la prostitución a someterse a la inspección de la Policía de Sanidad y al examen médico semanal, en caso de falta, se les impondría 3 días de arresto.

– Se forzaba a las prostitutas a registrarse y obtener cinco tarjetas con su fotografía para diversas dependencias gubernamentales, con el objeto de facilitar su identificación y control.

– Se dividía a las mujeres según su forma de vida en aisladas o de comunidad, y a todas, según su juventud, edad y atractivo, se las catalogaba en cuatro clases diferentes cargas impositivas, a saber:

Aisladas de 1a. clase	...\$3.00
Aisladas de 2a. clase	...\$2.00
Aisladas de 3a. clase	...\$1.00
Aisladas de ínfima clase	...\$0.50
Comunidad de 1a. clase	...\$3.00
Comunidad de 2a. clase	...\$1.50
Comunidad de 3a. clase	...\$1.00

– Se exigía que las mujeres presentaran su libreta de tolerancia cuando les fuera requerida, vistieran con “decencia”, se abstuvieran de permanecer en puertas y balcones de burdeles y saludar a señores acompañados de señoras o niños.

– Se prohibía a las meretrices vivir a menos de cincuenta metros de los establecimientos de educación y de culto, y visitar a familias “honradas”.

El reglamento establecía además tres tipos de casas de prostitución: burdeles, donde vivían las mujeres; casas de asignación, donde sólo asistían a ejercer su trabajo; y casas de citas donde podían concurrir mujeres que no especulaban con la prostitución; todas con cuotas definidas



según su categoría, disimuladas y sin señales externas que indicaran su actividad, y con la prohibición de aceptar juegos de azar, alcohol, escándalos y mujeres no registradas o “insometidas”, so pena de encarcelamiento y multas. Curioso resulta observar que, además, en los burdeles las matronas y empleadas domésticas menores de 35 años tendrían la obligación de inscribirse en la Inspección de Sanidad y, al ser consideradas prostitutas, someterse a las obligaciones que a éstas se imponían.

Las nuevas reglas establecieron además un cuerpo de policía especial para vigilar constantemente las casas de prostitución, cuidar de que se respetaran las disposiciones y castigar a las infractoras<sup>23</sup>.

Para 1900 ya se había creado un reglamento interior de la Oficina de Inspección de Sanidad, en el que se especificaba detalladamente las obligaciones de los inspectores de Sanidad. En estas disposiciones se recomendaba a los inspectores conocer a todas las meretrices así como sus domicilios, y se les obligaba a vigilarlas para evitar desorden y escándalos. Esta fue la última modificación a las reglas para el ejercicio de la prostitución en el periodo porfiriano.

Así, en suma, puede considerarse que el México porfiriano era el escenario de un reglamentarismo para la prostitución, que podemos calificar de férreo, inflexible y transgresor de los más elementales derechos de la mujer. Y el reglamentarismo como registro de meretrices obligadas a revisión médica, nacía en el siglo XIX, como la expresión más brutal de los prejuicios sobre el comportamiento de la mujer.

El humanismo de la Epoca Colonial había intentado controlar a las prostitutas y redimirlas; el positivismo, controlarlas y marcarlas.



## El reglamentarismo

La libreta y el registro médico se iniciaron como símbolos que señalarían a las mujeres como “distintas”, públicas, y el Hospital de San Juan de Dios y los burdeles se convirtieron en sus encierros. Una queja de la matrona Francisca Ramírez, dueña del burdel No. 67 de la Calle de Ortega #23, con fecha de agosto de 1873, puede dar una idea de la vida de esas mujeres; Doña Francisca se quejó al Gobernador del Distrito Federal porque una de las prostitutas de su burdel había salido a curarse al Hospital de San Juan de Dios, y de ahí se había fugado “abusando de dicho permiso y abandonando la curación a que estaba sujeta andando en la ciudad ejerciendo la prostitución clandestina”, a lo que el Gobernador respondió, ordenando “la aprehensión de dicha prostituta remitiéndola al hospital de sifilíticos a disposición para aplicarle a su salida la pena que designara el Reglamento”<sup>24</sup>. Es decir, las mujeres enfermas requerían de “permiso” para salir del burdel, y el Estado se convertía así en cómplice de lenocinio al imponer su regreso.

Es cierto que en Europa los burdeles ya habían dependido del Estado desde el siglo XV, y burdeles de Dijon, Lyon, Mácon, Romans, Avignon y Tarascon<sup>25</sup> dependían de la municipalidad. También existen antecedentes del establecimiento de reglas emitidas por el Estado desde el siglo XIII, pero una exigencia monetaria tan férrea y directa por parte del Estado, una persecución tan intensa de mujeres que ejercían su trabajo fuera del control de las alcahuetas y el Estado, y una im-

posición durísima de castigos a las mujeres, sólo se había dado una sola vez en Valencia, a principios del siglo XIV, bajo el Rey Arlot. A este rey, el pueblo y todos los contemporáneos lo apodaron el Rey Bribón, el Rey de las Prostitutas, el Rey Ladrón y de la Pillería<sup>26</sup>.

En cuanto al examen médico semanal obligatorio en la oficina de la Inspección de Sanidad, algunos documentos indican que las mujeres se resistían a acudir al reconocimiento médico porque, como señala un informe de la misma Inspección de Sanidad, “algunas conservan alguna moralidad y no desean ser conocidas del público ni de sus compañeras”<sup>27</sup>; por ello, varias mujeres dueñas de burdeles, como la matrona Margarita Ortega, dueña del burdel situado en la Calle de Cerbatana # 4, solicitaron que el examen fuera practicado en las mismas casas de tolerancia, y así se nombró a los “médicos de burdeles”. Las mujeres clasificadas como “aisladas”, que eran aquéllas que, si bien estaban también registradas, vivían aisladas y ejercían la prostitución por cuenta propia acudiendo al burdel sólo en forma ocasional, solicitaron que también a ellas se les practicara el examen médico en los burdeles.

Si el examen médico fue autorizado en ocasiones a domicilio, no así las curaciones para las enfermedades de las meretrices. Estas sólo se llevaron a cabo en el Hospital de San Juan de Dios, después llamado Hospital Morelos, con la característica particular de que las enfermas permanecían secuestradas dentro de él; por ello, las mujeres con mayores posibilidades económicas siempre solicitaron permiso para curarse en sus casas, concesión que, según la documentación les fue negada sin excepción.

Un informe del Consejo Superior de Salubridad de los años 1872-1873<sup>28</sup> revela que existían en la Ciudad de México 33 burdeles, y que en el primer semestre de 1872 se habían practicado 4,594 reconocimientos médicos, 3,669 el segundo semestre, y 1,914 entre los meses de enero a marzo de 1873.



Una memoria del jefe de la sección sanitaria para el mismo año indica que de estos reconocimientos la mayor parte fueron realizados a mujeres que vivían en comunidad<sup>29</sup>.

El examen médico costaba dinero a las prostitutas, y se multaba a la que no se presentara. El informe de 1873 antes mencionado, indica que la Inspección de Sanidad recogía por concepto de multas aproximadamente 500 pesos mensuales. Tras los 3,669 reconocimientos médicos del segundo semestre de 1872, se detectó 95 mujeres enfermas que fueron remitidas al hospital.

Para empeorar la vida de estas mujeres, parece ser que la atención médica en el Hospital de San Juan de Dios no era muy eficiente. Un documento de mayo de 1873<sup>30</sup> expone el problema de Margarita García: Margarita, enferma, había sido internada en el hospital para su curación. Después de cierto tratamiento, fue dada de alta, y trasladada al Asilo de las Arrepentidas. En este lugar cuidarían su convalecencia las hermanas religiosas encargadas de las mujeres que hubieran expresado su deseo de retirarse del trabajo de la prostitución. Margarita siguió enferma en el asilo, y el Consejo Superior de Salubridad, al percatarse de ello, amonestó a los médicos del hospital. El administrador del hospital, iracundo, contestó entonces lo siguiente:

Pero si como sucede no una vez, que las mujeres como esta aparezcan enfermas después de algun tiempo de separadas de la sala; esto es debido, según he oído decir a algunos médicos del establecimiento, a que no olvidando su vida de corrupción, se practican maniobras ya solas, ya en compañía de otras que hacen que se trasmitan sus males, que les reincidan los que han tenido, o se originen algunos otros. Como usted comprenderá, esto es difícil de evitar, porque la moral, que sería la unica que podría influir en ellas, no la conocen y si se les da a conocer no la quieren comprender... Estos abusos no es fácil extirparlos, pero yo creo que si se vigilase y se castigase con bastante rigor a los que los cometen, podría siquiera corregirse<sup>31</sup>.

Como respuesta, el Presidente del Consejo Superior de Salubridad dispuso que en lo sucesivo, las mujeres que resultaren enfermas en el Asilo de Arrepentidas serían puestas a disposición del gobierno con el fin de que se les aplicara la pena correccional.

Es claro entonces que los exámenes médicos no impedían el desarrollo de las enfermedades venéreas, que a las meretrices no se las respetaba ni en la enfermedad, y que además las prostitutas quedaban sometidas a una mediocre burocracia.

En el fondo de la respuesta del administrador del hospital, puede observarse también la propensión que la sociedad tenía de aceptación de ciertos enunciados tales como “la vida de corrupción de las prostitutas” y “el desconocimiento de la moral en las meretrices”, cuando muchas veces en las formaciones sociales lo importante no es siempre la verdad, sino las perspectivas de verosimilitud. Finalmente, fue terrible que se impusiera castigo a la enfermedad. Este discurso y otros más que pudieron encontrarse<sup>32</sup>, indican que el sexo no productor de nueva “generación”, así como el autoplacer o la prostitución en sí misma, se consideraban sexualidades patológicas por ilegítimas.

Los discursos y su verosimilitud funcionan como parte del ejercicio de ese poder que el Estado amplió y extendió sobre el sexo para la demarcación, clasificación y especificación de los “anormales”. Se vigiló y castigó para organizar la sexualidad dentro del aparato estatal del moralismo sexual.

Dentro del reglamentarismo, el registro de la prostituta y su ausencia, es decir, la clandestinidad, son dos caras de un mismo estigma. La inscripción y la libertad marcan a las mujeres, y su ausencia también; tener registro o carecer de él implica de cualquier manera acoso policiaco.

Así, existen varios documentos que demuestran que para fines del siglo XIX en México, se había creado un

cuerpo policiaco especial para vigilar los posibles centros clandestinos, y que se aprehendía a las mujeres sospechosas de prostitución clandestina o no registrada.

Un informe del segundo semestre de 1877, dice:

La policía o agentes tienen la obligación de conocer a las mujeres, para su persecución o aprehensión con el fin de no propagar y comunicar las enfermedades venéreas. Es también deber de los agentes cuidar que las mujeres públicas pasen a la inspección a su visita periódica con los médicos.

Debido a que la ciudad no cuenta con una cárcel con un departamento exclusivo para las prostitutas, la Inspección Sanitaria cuenta con un prisión exclusiva para los delitos de las prostitutas. Se aplican allí 24 horas de detención por falta a la visita periódica, por evasión del hospital, por faltas de respeto a los médicos o agentes y también se les aprisiona cuando hallándose enfermas continúan prostituyéndose<sup>33</sup>.

La existencia de registro, así como su ausencia, fueron también focos generadores de tensión social, ya que se descubrió a través de los documentos que, en varios casos, las declaraciones y las acusaciones de posibles prostituciones clandestinas eran falsas, y sólo obedecían a criterios o venganzas personales. Una queja dirigida al Secretario del Consejo de Salubridad señala:

Los vecinos de la casa # 9... nos permitimos llamar a usted la atención respecto a los escándalos y escenas poco edificantes de unas mujeres que habitan en la propia vecindad... si dichas mujeres tienen licencia para ejercer tan repugnante vicio, creemos borran el reglamento que a efecto ha expedido el Gobierno...

A Ud. nos dirigimos en demanda de su poderoso auxilio que se preocupa por la moralidad de todas las clases sociales. No entramos en detalles de la clase de escándalos que producen estas mujeres, bástenos decir a Ud. que cuando están acompañadas de toda clase de hombres hacen gala de su asquerosa inmoralidad. Cuando están solas entre sí, además de proferir a voz en cuello palabras de las más obscenas, describen figuras que la vista aparta avergonzada. Tenemos esposas e hijas, a su alto criterio



dejamos la razón que nos asiste para suplicar a usted cese el mal que nos causa diariamente y a todas horas las mujeres de que se trata.<sup>34</sup>

Como respuesta se vigiló la casa y se aprehendió a María Larralde por escandalosa. No se comprobó prostitución. La posible verosimilitud de este discurso para la aceptación colectiva, revela que la prostitución era considerada como falta moral, un asunto meramente moral; que la inmoralidad en este caso no debía hacerse pública, sino ocultarse, y que las mujeres “decentes” no deberían estar en contacto con prostitutas.

De acuerdo con los valores victorianos, la sexualidad sucia, la ilegítima, había que esconderla, tolerarla oculta en el burdel, y si así no fuera, a la cárcel.

De ese modo la vida de las meretrices porfirianas se desenvolvió, entre la prisión del burdel, el enclaustramiento hospitalario, el acoso policiaco y la cárcel.



## Reflexión final

La moral victoriana generó para el siglo XIX el establecimiento de varios patrones que encerraron la conducta social y sexual femenina. Se exaltaron los valores virginidad y maternidad como dos vertientes de un único concepto: la mujer asexuada, que fue la expresión de las relaciones de poder en torno al discurso sobre el moralismo sexual<sup>35</sup>.

La virginidad, la castidad y la fidelidad conyugal aparecieron ligadas a la honra femenina como dignidad personal,

y estos valores como expresiones de la imposición, para la mujer, de una sexualidad exclusivamente para y dentro del matrimonio.

A la mujer se la definió entonces en función de lo que calificaba al hombre, y la reputación fue la marca que le otorgaba la calidad de ser humano. La virtud de la castidad y el recato se constituyeron en los elementos básicos requeribles en la mujer para la consecución de su supuesta esencia: convertirse en esposa y madre, por lo tanto, merecedora y posible receptora de amor y respeto<sup>36</sup>.

Las otras, las prostitutas, fueron aquellas que, al no ceñirse a los patrones de la sexualidad controlada, perdieron su reputación.

La prostituta entonces, dentro de los valores sociales vigentes, apareció como lo cercano a la amoralidad y, como tal, se la redujo al estado de objeto. El objeto podía tomarse, registrarse y desecharse.

Y las necesidades de expansión del poder de los estados del siglo XIX se manifestaron también en un esfuerzo por ejercer mecanismos de poder y control sobre el sexo, y el discurso sobre el moralismo sexual fue una de sus expresiones.

Puesto que el sexo representaba el punto generador de vida, el Estado quiso extender su poder hasta él<sup>37</sup> y lo convirtió en una pieza más del juego político.

Así, el sistema del Reglamentarismo fue fruto consecuente de las relaciones de poder oculto tras la justificación del control de las enfermedades venéreas, la prevención de la delincuencia y la salvaguarda de la "mujer casta". El Reglamentarismo estigmatizó a las mujeres prostitutas, las encerró en los burdeles y las puso a disposición del público masculino. El Estado recibió beneficios monetarios de la prostitución, de modo que participó también en el lenocinio.

Hoy el Reglamentarismo sigue vigente en algunas zonas en México, en violación a los derechos humanos, como fuente

de chantaje y símbolo de una regla de excepción jurídica y policiaca contra el sexo femenino.

Hoy, un siglo después del porfiriato, todavía se conceptualiza la prostitución en el terreno de lo moral, y aunque no sea considerada legalmente delito, sí lo es en la práctica, pues las mujeres son aprehendidas por supuestas faltas al Reglamento de Policía y Tránsito; no así los clientes.

Hoy, tal vez no se define todavía la palabra prostituta, ya que si se amplía la acepción, muchas seríamos delincuentes, y si se restringe, ¿habrá alguna manera de comprobar la falta?



## Notas

<sup>1</sup> Cf. Archivo Histórico de la Secretaría de Salud, Fondo Salubridad Pública, Sección Inspección Antivenérea, sin clasificar. En adelante se encontrará abreviado como AHSS. Este archivo está parcialmente clasificado por lo que en algunos documentos se señala la clasificación y en otros no.

<sup>2</sup> Cf. Henri Gilles, "La Femme Delinquante dans § Histoire du droit" en *Annales de L'Universite des Sciences Sociales de Toulouse*, t XXVII, Toulouse, 1979, *passim*.

<sup>3</sup> Para un acercamiento mayor al problema de "La Naturaleza Femenina" véase la publicación del Tercer Coloquio Nacional de Filosofía, *La Naturaleza Femenina*, México, UNAM, 1985.

<sup>4</sup> Cf. Venera Radkau, *Por la Debilidad de Nuestro Ser. Mujeres del Pueblo en la Paz Porfiriana*, México, INAH, CIESAD, 1989, pp. 12-27 (Cuadernos de la Casa Chata 168).

<sup>5</sup> Gertrude Himmelfarb, "Las Costumbres como Moral", en *Historias* No. 19, México, INAH, oct.- marzo 1988, p. 24.

<sup>6</sup> Cf. Carmen Ramos, "Señoritas Porfirianas. Mujer e Ideología en el México Progresista 1880-1910", en *Presencia y Transparencia: La Mujer en la Historia de México*, México, El Colegio de México, 1987, p. 159.

<sup>7</sup> Cf. Venera Radkau, *op. cit.*, pp. 28-34.

<sup>8</sup> Cf. Abigail Salomon Godean, "El Bazar de las Piernas", *Historias* No. 17, pp. 6-9.

<sup>9</sup> Cf. Sergio Ortega Noriega, *El Discurso Teológico de Santo Tomás de Aquino sobre el Matrimonio, La Familia y los Comportamientos Sexuales*, México, UNAM, 1981, pp. 7-11.

<sup>10</sup> *Ibid*, pp. 15-18.

<sup>11</sup> Cf. Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1959, II vols. p. 383. Véase también, Sergio Ortega, *op. cit.*, p. 18.

<sup>12</sup> Cf. Juan N. Rodríguez de San Miguel, *Pandectas Hispano-Mexicanas*, t III, México, UNAM, 1980, pp. 495-500.

<sup>13</sup> Cf. Sergio Ortega, "Teología novohispana sobre el Matrimonio y comportamientos sexuales 1519-1570", en *De la Santidad a la Perversión o de Porqué no se cumplía al Ley de Dios en la sociedad novohispana*, México, Grijalvo, 1986, p. 37.

<sup>14</sup> Joaquín García Izcazbalceta, *Informe sobre los Estblecimientos de Beneficiencia y Corrección de esta Capital*, México, 1864, p. 29. Señala que en el edificio de las Recogidas se instauró la Casa de Corrección para jóvenes delincuentes.

<sup>15</sup> Cf. Jesús González Ureña, "Sobre la sífilis en México", en *Gaceta Médica de México*, t 4, 2a. Serie, México, agosto 1904, pp. 195-199.

<sup>16</sup> Alain Corbin, "Sexualidad comercial en Francia durante el siglo XIX: Un sistema de imágenes y regulaciones", en *Historias* No. 18, INAH, julio-septiembre 1987, p. 14.

<sup>17</sup> AHSS, Fondo Salubridad Pública, Sección Inspección Antivenérea, legajo 2, exp. 27, f 69.

<sup>18</sup> Cf. Manuel Alfaro, "Reglamentación de la Prostitución", en *Gaceta Médica de México*, México, enero 1890, p. 15.

<sup>19</sup> Se justificó el reglamento alegando la protección de la salud de los soldados del emperador. Véase Leovigildo Figueroa Guerra, *La Prostitución y el Delito de Lenocinio en México y los Artículos 207 y 339 del Código Penal del Distrito y Territorios Federales*, México, Ed. Economía, 1946, p. 78.

<sup>20</sup> Cf. AHSS, *Protomedicato*, sin clasificar, julio 1873.

- 21 Cf. Ricardo Franco Guzmán, *La Prostitución*, México, Diana, 1973, p. 80.
- 22 El trabajo premiado fue publicado en la *Gaceta Médica de México* los días 1o. de enero, 1o. de febrero, 15 de febrero, 1o. de marzo, 15 de marzo, 15 de abril y 1o. de mayo de 1890.
- 23 Cf. Figueroa, *op. cit.*, pp. 19-28 y Franco, *op. cit.*, p. 80.
- 24 Cf. AHSS, *Protomedicato*, sin clasificar.
- 25 Cf. Jacques Rossiaud, *La Prostitución en el Medievo*, España, Ariel, 1986, pp. 11-20.
- 26 Cf. Manuel Carboneres, *La Mancebía de Valencia*, Valencia, Imprenta del Mercantil, 1876, pp. 15-20.
- 27 Cf. AHSS, *Protomedicato*, sin clasificar, junio 1873.
- 28 Cf. AHSS, *Protomedicato*, sin clasificar.
- 29 El autor sin embargo no da cifras exactas, Ver AHSS, *Protomedicato*, sin clasificar.
- 30 Cf. AHSS, *Protomedicato*, sin clasificar, mayo de 1873.
- 31 Cf. AHSS, *Protomedicato*, sin clasificar.
- 32 Por razones de espacio no se pudieron reproducir en este breve trabajo.
- 33 AHSS, *Informe del Segundo Semestre de 1877*, Sección científica, sin clasificar.
- 34 Cf. AHSS, Fondo Salubridad Pública, Sección Inspección Antivenérea, Legajo 2, exp. 27.
- 35 Cf. Michel Foucault, *Historia de la Sexualidad. La Voluntad del Saber*, México, Siglo XXI, pp. 9-21 y 118-119.
- 36 Para un mayor análisis de "la honra" y las relaciones matrimoniales en México en el siglo XIX, véase Francois Carner, *Las Mujeres y el Amor en el México del Siglo XIX*, México, 1975, Tesis (Maestría en Historia), El Colegio de México.
- 37 Cf. Foucault, *op. cit.*, pp. 163-194.

# Bibliografía

- Archivo Histórico de la Secretaría de Salud. Fondo Salubridad Pública. Sección Inspección Anúvenérea.
- Alfaro, Manuel. "Reglamentación de la Prostitución". *Gaceta Médica de México*, México, D.F., 1o. de enero, 1o. de febrero, 15 de febrero, 1o. de marzo, 15 de marzo, 15 de abril y 1o. de mayo de 1890.
- Aquino, Tomás de. *Suma Teológica*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1969, Vol. II.
- Carner, Francois. *Las Mujeres y el Amor en el México del Siglo XIX a través de sus Novelas (1818-1868)*. México, 1975, Tesis (Maestría en Historia), El Colegio de México.
- Corbin, Alain. "Sexualidad Comercial en Francia durante el siglo XIX: Un sistema de imágenes y regulaciones". En Revista *Historias* No. 18. México, INAH, julio sept. 1987.
- Carboneres, Manuel. *La Mancebia de Valencia. Apuntes para la historia de la Prostitución desde Principios de Siglo XIV hasta poco antes de la Abolición de los Fueros*. Valencia, Imprenta de el Mercantil, 1876.
- Figueroa Guerra, Leovigildo. *La Prostitución y el Delito de Lenocinio en México y los Artículos 207 y 339 del Código Penal del Distrito y Territorios Federales*, México, Ed. Economía, (s.a.)
- Foucault, Michel. *Historia y Sexualidad. Voluntad de Saber*. México, Siglo XIX, 1977.
- Franco Guzmán, Ricardo. *La Prostitución*, México, Diana, 1973.
- Gómezjara, Francisco y Estanislao Barrera. *Sociología de la Prostitución*. México, Fontamara, 1988.
- González Ureña, Jesús. "Sobre la sífilis en México" en *Gaceta Médica de México*, t 4, 2a. serie, agosto 1904.
- Hierro Graciela *et al.* *La Naturaleza Femenina*. Tercer Coloquio Nacional de Filosofía. México, UNAM, 1985.
- Himmelfarb, Gertrude. "Las Costumbres como moral", en Revista *Historias* No. 19. México, INAH, oct-mar 1988.
- Ortega Noriega, Sergio. *El Discurso Teológico de Santo Tomás de Aquino sobre el Matrimonio, La familia y los Comportamientos Sexuales*. México, UNAM, 1981.
- Ortega Noriega, Sergio. "Teología Novohispana sobre el Matrimonio y Comportamientos Sexuales 1519-1570" en *De la Santidad a la Perversión o de Porqué no se cumplía la Ley de Dios en la Sociedad Novohispana*. México, Grijalvo, 1986.
- Radkau, Verena. *Por la Debilidad de Nuestro Ser. Mujeres del Pueblo en la Paz Porfiriana*. México, INAH-CIESAS, 1989 (Cuadernos de la Casa Chata 168).
- Ramos Escandón, Carmen. "Señoritas Porfirianas: Mujer e Ideología en el México Progresista 1880-1910". En *Presencia y Transparencia: La Mujer en la Historia de México*. México, El Colegio de México, 1987.
- Rosenzweig Fernando. "El desarrollo económico de 1877 a 1911" en *El Trimestre Económico*, México, F.C.E., julio-septiembre 1965.
- Rossiaud, Jacques. *La Prostitución en el Medievo*. Prol. de Georges Duby. España, Ariel, 1986.
- Rodríguez San Miguel, Juan. *Pandectas Hispano Mexicanas*. México, UNAM, 1980.
- Terres, Elodia. *La Ciudad de México, Origen y Desarrollo*. México, Porrúa, 1977.
- Valadés, José. *Historia General de la Revolución Mexicana 1910, el Centenario de Independencia*. México, SEP/Gernika, 1985.



## Hemerografía

- "La Emancipación de la Mujer". *El Monitor Republicano*. México, D.F., 18 de enero de 1880.  
"Los Mercados de la Ciudad". *El Universal*. México, D.F., 10 de abril de 1892.  
"¡El Progreso!". *El Universal*. México, D.F., 21 de diciembre de 1882.